

REVISIONISMO E HISTORIOGRAFÍA EN EL BICENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO

Andreas L. Doeswijk¹

Resumen. *En la última década transcurrida hizo su aparición un nuevo tipo de revisionismo historiográfico mediático, el cual, al igual que las vertientes anteriores, alega combatir a la “historia oficial”. En ocasión de la conmemoración del Bicentenario de la Revolución de Mayo, estos neorrevisionistas publicaron numerosas obras que muestran las mismas falencias que los revisionismos anteriores: transhistoricismo, anacronismo, anti-intelectualismo y una cosmovisión binaria. Desde nuestro punto de vista, la única novedad que estos escritores aportan consiste en utilizar a la historia patria para vender sus productos mediáticos.*

Palabras claves: *Historiografía. Revisionismo historiográfico. Neorrevisionismo. Historia mediática. Revolución de Mayo.*

Abstract: *During the last decade a new kind of media historiographic revisionism came out. This kind of revisionism, like previous ones did, claims to fight against the “official history”. In commemoration of the Bicentenary of the May Revolution, these neo-revisionists published many works that show the same shortcomings as the previous revisionisms: transhistoricism, anachronism, anti-intellectualism and a binary world view. From our standpoint, the only innovation these writers introduce is to use their national history to sell their media products.*

Key Words: *Historiography. Historiographic revisionism. Neo-revisionism. Media history. May Revolution.*

1. ¿Una nueva oleada revisionista?

En el año del Bicentenario de la Revolución de Mayo, hizo eclosión una serie de publicaciones que Tulio Halperin Donghi llamó *neorrevisionistas* y Marcela Ternavasio: *visiones maniqueas y dicotómicas del pasado*. Como el fenómeno del revisionismo histórico argentino es de antigua data, me pareció relevante indagar hasta qué punto esta nueva oleada es tributaria de las anteriores y si, de hecho, está realizando alguna contribución historiográfica o didáctica relevante o, por el contrario, constituye un fenómeno mediático que simula luchar contra una *historia oficial* debidamente acondicionada para recibir sus golpes iconoclastas.

Considero de interés analizar lo que se publicó recientemente sobre Mayo de 1810 ya que Mayo –junto a su Némesis Juan Manuel de Rosas– siempre resultó un tópico privilegiado tanto de la historiografía liberal como la del revisionismo autocrático, socialista y, en la actualidad, también de este nuevo revisionismo mediático.

En un ensayo denominado “El revisionismo histórico como visión decadente de la historia argentina”, Tulio Halperin Donghi intenta develar las raíces del primer revisionismo argentino. Vale la pena transcribir íntegramente el resumen de su propio autor:

“El derrocamiento del gobierno constitucional de Hipólito Yrigoyen, en 1930, fue acompañado por una falange de ensayistas políticos abroquelados en el irracionalismo y en algunas creencias arraigadas en ideologías de derecha imperantes en Francia y España. Con la figura de Juan Manuel de Rosas como eje de la historia nacional, la

¹ Profesor de Historia de América, Facultad de Humanidades, UNCo., Neuquén

corriente revisionista argentina postulará la necesidad de un heroico conductor opuesto a los intereses oligárquicos, desechará a los intelectuales con la imputación de extranjerizantes y acusará de todos los males nacionales a Gran Bretaña. Esta visión de la historia se volverá más compleja de la mano del peronismo y de las ideologías sostenidas por los militares golpistas.”¹

El meollo del artículo parece estribar en la crítica a la tendencia del revisionismo a devaluar a la Revolución de Mayo, la cual, más que inaugurar un período de libertades ampliadas, habría iniciado una etapa de decadencia que Rosas en vano intentó revertir ya que el modelo centralista y liberal, triunfante en la segunda mitad del siglo XIX, consolidaría un Estado oligárquico, laico y dependiente del imperialismo británico.

Resulta claro que en el primer revisionismo la clave para interpretar el presente es Rosas y no la Revolución de Mayo; en cambio para los revisionistas de la corriente nacional y popular la línea que da sentido a la historia será la del federalismo, yrigoyenismo y peronismo con eventuales remisiones a la Revolución Rusa, China o Cubana.

Algunas de la temáticas abordadas en este ensayo serán las respuestas de los neorrevisionistas a viejas cuestiones como la preexistencia de la nación *argentina*, el carácter popular, republicano y democrático de la Revolución de Mayo, el papel jugado por Gran Bretaña y la Corte de Portugal con sede en Río de Janeiro; los protagonistas de la Revolución (el *pueblo*, las élites o ambos estamentos) y, finalmente, la antigua cuestión de las causas de la Revolución: ¿Fueron las Reformas Borbónicas y la creciente oposición entre españoles y americanos o, en cambio, Mayo fue una reacción improvisada de las élites y milicianos porteños ante la noticia de la invasión napoleónica de España? También la cuestión del liberalismo y del absolutismo, tanto en España como en sus colonias americanas,

continúa suscitando respuestas diferenciadas. ¿Qué hubiera acontecido si, a su vuelta al trono en 1814, Fernando VII hubiera mantenido la Constitución de Cádiz y reconocido la autonomía de sus provincias americanas? O sea, ¿los acontecimientos de 1809 y 1810 en Chuquisaca, La Paz, Caracas, Buenos Aires, Bogotá o Méjico, tenían que desembocar naturalmente en la independencia o un tipo de *Commonwealth* hispanoamericano hubiera sido posible?

El postrer objetivo de este ensayo consiste en la indagación sobre cómo debemos evaluar la tarea de los historiadores mediáticos. ¿Se trata de un elenco que, aprovechando un nicho en el mercado, divulga la historia patria reciclando elementos antiguos integrándolos a las nuevas investigaciones o, más bien, estamos en presencia de un grupo que responde a la demanda de un público ávido de relatos patrióticos? ¿Todavía existe la tan denostada *historia oficial* en las instituciones escolares y universitarias que, desde la época de Mitre y Sarmiento, engañan a los argentinos con mitos sinónimos a mentiras?

2. Bicentenario: política y conmemoración

En el mes de Mayo de 2010, una verdadera multitud acudió a la Avenida de Julio de la Capital para participar de los múltiples eventos conmemorativos de la Revolución de Mayo. Si bien hubo una disputa entre el gobierno nacional y el de la ciudad autónoma de Buenos Aires por capitalizar políticamente el *nacimiento de la patria*, finalmente el principal protagonista fue el público que circulaba por la Avenida. La propuesta del desfile patrio estuvo bien planificada: incluía el Cruce de los Andes por el Ejército libertador de San Martín, los barcos de inmigrantes europeos, los veteranos de Las Malvinas, entre otras representaciones, y, en un lugar

central, las Madres de la Plaza como refundadoras de una nación democrática vilipendiada por la dictadura militar.² En otro acto la presidenta Cristina Fernández inauguró la Galería de los Patriotas Latinoamericanos y, en su alocución frente a los presidentes “Lula” da Silva, Chávez Frías, Correa, Piñera, Lugo y Morales, comparó a la Argentina actual con la de 1910 (sic). En contra del discurso glorificador del país del ganado y de las mieses de Rubén Darío, Ricardo Rojas y... Luis Alberto Romero, la actual mandataria denunció la represión social y exclusión política que reinaban hacia 100 años.

También en ocasión de los festejos patrios, la oposición, expresada en los diarios *Clarín* y *La Nación* conminó al gobierno a seguir los ejemplos de diálogo y unidad de la Primera Junta. Pero el primer gobierno patrio no se caracterizó justamente por su unidad y convivencia pacífica. Ya en 1811 el saavedrismo triunfante había desplazado, aunque temporalmente, a la facción morenista: Moreno había muerto en alta mar; Azcuénaga y Larrea habían sido desterrados a Mendoza y San Juan; French y Beruti confinados en Carmen de Patagones; Belgrano estaba preso y Castelli presto a ser juzgado por la derrota de Huaqui y por soliviantar a las comunidades quechuas y aymaras del altiplano en contra de sus élites dominantes. Y, al final de 1811, le tocaría a Cornelio Saavedra emprender el camino de su exilio definitivo en Chile. O sea que desde Mayo de 1810 podemos detectar proyectos económicos, políticos y sociales antagónicos, los cuales, más que revelar lecciones de paz y amor, llevaban a la guerra civil que, violenta o larvada, duraría hasta 1880.

3. Las comparaciones peligrosas de los neorrevisionistas

En una entrevista reciente a Halperin Donghi, su primera crítica a los neorrevisionistas consiste en que éstos, “para hacer más comprensible el pasado, lo identifican con el presente.”³ En otras palabras, se trata de ver quiénes, hoy en día, encarnan a Moreno, Saavedra, San Martín o Belgrano. Este ejercicio no es nuevo: ya Marx consideraba que Luis Bonaparte era una repetición deplorable de su tío Napoleón. También los exégetas occidentales de la Revolución Rusa comparaban a sus emergentes con los líderes de la Revolución Francesa para así vislumbrar su futura evolución. Ciertamente, pocas veces acertaban.⁴

Volviendo a la entrevista citada, Halperin menciona como comparaciones peligrosas a las de la líder social Milagro Sala con Mariano Moreno; Perón con Belgrano y el general Pedro Pablo Ramírez con Saavedra mientras considera que ciertos rasgos en común no legitiman la extracción de conclusiones extemporáneas. Aparte de los ejemplos aducidos, sobran otros de los ensayistas actuales. Daniel Balmaceda compara la amnistía concedida a los saavedristas, amotinados en 1812, con el perdón otorgado por Cárpora, el 25 de Mayo de 1973, a los guerrilleros presos en Devoto. Felipe Pigna, por su parte, compara a los “chisperos” de las jornadas de Mayo con los piqueteros actuales y Horacio López traza un paralelo entre el panteón de la Independencia (Tupak Amaru, Hidalgo, Bolívar, San Martín, Belgrano, Artigas y Monteagudo) con, entre otros, Fidel Castro, Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa. En un escalón más abajo López sitúa a los presidentes de Argentina, Brasil y Uruguay y, al no nombrarlos, insinúa que Cristina Fernández, Néstor Kirchner, “Lula” Da Silva y Tabaré Vázquez no alcanzan plenamente el formato de próceres libertadores del presente.⁵ Así se relaciona muy fuertemente a las gestas del pasado con los proyectos políticos actuales. Lo que pretendo demostrar aquí es que estas comparaciones pueden ser movilizadoras y útiles para un proyecto político del presente, pero casi siempre corren el riesgo de

distorsionar los procesos político-sociales del pasado. No cabe duda de que José Martí y Augusto Sandino inspiraron a las revoluciones de Cuba y Nicaragua, pero Fidel Castro y Daniel Ortega no representan su reencarnación, así como los generales golpistas del Siglo XX no representan a Belgrano, Artigas, San Martín o Güemes que alguna vez desobedecieron las órdenes emanadas de la autoridad central de Buenos Aires.

Los ejemplos pueden multiplicarse pero casi siempre se trata de una construcción, de una alegoría y de una manipulación de ideas, hechos e imágenes. La comparación como conocimiento histórico sólo es válida si se respetan los propios términos en los que acontecieron los hechos y procesos que se comparan y no cuando el pasado descontextualizado es puesto al servicio de proyectos políticos del presente por personas que pretenden robarle el aura a ese pasado presentando continuidades falaces.

4. Una crítica diferenciada al neorrevisionismo

Entre los que podríamos considerar como nuevos revisionistas y que han dedicado algunos de sus trabajos a la Revolución de Mayo, están el historiador Felipe Pigna, el contador Norberto Galasso, el médico Mario O'Donnell y el periodista Daniel Balmaceda. Otros autores como Jorge Zicollilo y José Ignacio García Hamilton ocupan una zona intermedia entre la historiografía y la novela histórica aunque muchas veces se muestran convencidos de que escriben historia por el hecho de haberle dedicado algún tiempo a la investigación de fuentes. Por su parte, libros como *La Revolución es un Sueño Eterno* de Andrés Rivera, *Un Mundo Alucinante* de Reinaldo Arenas y *Yo el Supremo* de Augusto Roa Bastos –para sólo nombrar a tres obras cumbres que remiten a las luchas por la Independencia

en Argentina, Méjico y Paraguay- no constituyen una combinación de literatura e historia sino que son novelas o ficciones a causa de sus códigos literarios, cortes epistemológicos e intenciones estéticas.

Resultan sintomáticos los títulos que eligieron algunos de los autores para vender mejor sus obras: *1810. La otra historia de nuestra Revolución fundadora* (Pigna) y *Verdades y Mitos del Bicentenario* (Galasso). Estos títulos remiten a otros anteriores como *Los Héroes Malditos. La historia argentina que nunca nos contaron* y *El Águila Guerrera*, con el mismo subtítulo, ambos de Mario O'Donnell.⁶ Tanto Pigna como Galasso abusan del término “mito” en el sentido de falsedad o engaño y no en su significado antropológico más rico de creencia colectiva dinamizadora.

Juan Manuel Palacio en una nota reciente, escribe:

“Debemos asumir que no estamos bien dotados para enfrentar el debate que nos propone la historia mediática. Ella está allí no para otra cosa que derribar los mitos de la historia argentina, para contarnos “la historia jamás contada” y para aclararnos quiénes han sido los buenos y malos del pasado. En definitiva para decir “la verdad” sin pestañar al hombre común que quiere una explicación urgente sobre el origen de algunos de nuestros problemas nacionales. (...) Nuestro entrenamiento profesional no ha sido el de descubridores de verdades sino, más bien, de desarmadores o complejizadores de verdades consagradas.”⁷

Al gran público no le suele gustar ni la descripción minuciosa, reiterativa y gris, ni las complejidades de los procesos históricos, ni la idea de que lo real sólo se transmite en relatos contruidos y siempre sujetos a la confrontación con otras representaciones. Tampoco le convencen las preguntas que todavía no encontraron respuestas fidedignas o quizás nunca

las tendrán por la falta de documentación. En cambio, adora el desenmascaramiento de los villanos y las teorías conspirativas y por eso Palacio afirma que esos historiadores, faltos de seriedad y rigor, “tienen un irrespirable tufillo mediático y plebiscitario”. Ninguno de los que escribieron sobre 1810 mencionó los trabajos de François-Xavier Guerra, Maurice Agulhon o José Murilo de Carvalho -pioneros de la nueva historia política y tributarios del análisis de discurso. Es decir que ni Pigna ni Galasso y, mucho menos aún, O’Donnell y Balmaceda, tienen conciencia de que sus fuentes sobre Mayo de 1810 son ni más ni menos que recortes de discursos extraídos de una arena de relatos en pugna. Siguen siendo, básicamente, positivistas y cristalizadores de hechos del pasado y continúan imaginando que la verdad está al alcance de la mano en el documento primario o secundario. A la verdad primero se la encuentra y luego se la traslada, tal cual, al relato escrito.

5. Neorrevisionistas I. Mario O’Donnell y Norberto Galasso, las reliquias del pasado

Mario O’Donnell, a pesar de su promoción actual en los medios de comunicación y en el escenario político hegemónico, pertenece al revisionismo rosista del tiempo de José María Rosa a quien admira profundamente. Ahora bien, la historiografía de este psiquiatra lacaniano no resiste un análisis medianamente riguroso. Sus anécdotas prescinden de la producción académica actualizada para transcribir fragmentos de memorias del pasado, de producciones académicas obsoletas o de revisionistas autocráticos como Guillermo Furlong, Julio Irazusta o Carlos Ibarguren. Su estrategia literaria consiste en tomar fragmentos de otros autores y presentarlos como verdades que la historia oficial (nunca

encarnada en nombres, apellidos y obras) intenta ocultar. En la década en que fue Secretario de Cultura de Carlos Menem publicó *El Grito Sagrado* (1997) y *El Águila Guerrera* (1998), obras en las que exalta a la figura de Juan Manuel de Rosas en detrimento de los *alumbrados* de Mayo.⁸

Ya en el 2006, O'Donnell publicó *Los Héroes Malditos* y, en 2010, *La Gran Epopeya. El combate de la Vuelta de Obligado*⁹, de notable éxito editorial. No hay duda de que los cuatro libros mencionados son *bestsellers*. En *Los Héroes...* confronta con virulencia a los *hombres de Mayo* o *el Partido de la Independencia* y, de hecho, nombra a Belgrano, Castelli, Paso y French. A Belgrano, Castelli, Vieytes, los hermanos Rodríguez Peña, Moldes y Paso los denomina *conspiradores carlotistas* y *jóvenes alumbrados*. Además los acusa de *elitistas* por *excluir a la plebe* amén de ser *agentes de Inglaterra*. En otro momento se refiere a los patriotas como *los jóvenes (sic) díscolos de entonces*.¹⁰

En ningún momento O'Donnell aclara que los proyectos de solicitar ayuda a Inglaterra y a la corte portuguesa refugiada en Río de Janeiro, implicaba aceptar un protectorado inglés o coronar a Carlota Joaquina como monarca absolutista del territorio del Río de la Plata. Por algo ambas negociaciones ya habían fracasado meses antes de Mayo de 1810.

Con referencia a Mariano Moreno, O'Donnell presenta dos visiones: la primera es la del sanguinario *Plan de Operaciones* cuyo borrador, según él, habría sido escrito por Belgrano. La segunda imagen es la de un fervoroso revolucionario. En cambio para el saavedrismo todo son elogios: “Un bando más apegado a las tradiciones hispánicas y cristianas, provincianista, próximo a la chusma del puerto y del interior. (...) Con lógicas salvedades se puede hablar de la anticipación del federalismo.” Lo que O'Donnell le reprocha con insistencia a los alumbrados es su “desconfianza a lo telúrico y su amor a lo europeo” y que leyeran a Rousseau a Payne.¹¹ Estamos frente a un psiquiatra anti-intelectual.

Una de las claves escriturarias del autor es la de trazar la línea genealógica del proyecto nacional, federal y anti-imperialista desde Mayo a la actualidad. Esta línea no se sustenta en evidencias empíricas documentales. En una entrevista que le realizó, en marzo de 2008, el periodista Eduardo Nocera, el escritor, una vez más, enfatiza esa línea genealógica que atravesaría la historia argentina: “O sea que en Moreno ya se ve algo de esa rémora de europeísmo que luego será exacerbado por Rivadavia y los vencedores de las guerras civiles, la generación del 80, que han llevado a esta deformación profunda de la identidad nacional que pretende constituirse desde un espejo europeísta, dejando de lado absolutamente a todo lo que es criollo e hispánico.”¹²

La actividad historiográfica de Norberto Galasso se inscribe en la historia como un sobreviviente del revisionismo socialista-nacional de Jorge Abelardo Ramos, Jorge Eneas Spilimbergo o Eduardo Astesano de las décadas del 50 y 60 del siglo pasado. Su libro ya citado, *Verdades y Mitos del Bicentenario*, respira arrogancia y anacronismo y, a mi entender, su único mérito consiste en hacer un factoreo de cuestiones de interés sobre las polémicas mayas de siempre. Ahora bien, si las preguntas generalmente resultan relevantes, las respuestas casi siempre son sesgadas, ideologizadas, preconceptuosas, y, en algunos casos, sin evidencias documentales.

En el tercer capítulo rescata algunas voces disidentes sobre Mayo tales como las de Juan Bautista Alberdi, Manuel Ugarte, Enrique del Valle Iberlucea y, con algún interés por lo relativamente desconocido, el libro *Carácter de la Revolución Americana*, una obra de 1917 de José León Suárez que enfatiza la tesis de que la Independencia hispanoamericana tuvo por causa principal la vuelta de España al absolutismo.¹³ También hace un análisis de los revisionistas que él llama *reaccionarios* (Carlos y Federico Ibarguren y Gustavo Martínez Zuviría) que exaltan a Saavedra y Rosas en

detrimento de Moreno. Se opone a los *mitro-marxistas* (el término lo acuñó Arturo Jauretche) como Álvaro Yunque, Juan José Real y Leonardo del Paso los cuales, en líneas generales, no cuestionan a la historia liberal de fines del siglo XIX.

Luego de pasar revista a las ideas de Enrique de Gandía, Roberto Marfany y Jorge Abelardo Ramos, Galasso arremete contra lo que denomina *la historia social en crisis*. Ataca sobre todo a Halperin Donghi, Chiaramonte y a Luis Alberto Romero a quienes caracteriza de *annalistes* y *anti-peronistas*. En lugar de dedicarle algunos comentarios a las tesis innovadoras de estos autores, Galasso los descalifica como defensores del mitrismo y del conservadorismo liberal. Así le reprocha a Halperin su defensa de la tesis mitrista de la *máscara de Fernando VII*, pasando por alto que Halperin no consideraba que las revoluciones altoperuanas y porteñas hayan sido independentistas ni tampoco defendió la preexistencia de una nación *argentina* o rioplatense con anterioridad a 1810 y -sorprendente para un historiador etiquetado como un *liberal mitrista*- le otorgó un marcado carácter popular a las milicias de Saavedra que actuaron en las Invasiones Inglesas y durante los acontecimientos de la Semana de Mayo.¹⁴

El pensamiento de Galasso aparece como binario: o la Revolución fue exclusivamente independentista, anti-española, libre-cambista y pro-británica o, por lo contrario, fue totalmente democrática, popular, anti-imperialista y –en consuno con los liberales españoles- anti-absolutista. No cabe pensar a Mayo como el inicio de un proceso dirigido por una precaria alianza entre independentistas (la minoría, seguramente), autonomistas, absolutistas e indecisos.

Otra de las obsesiones de Galasso es su creencia de que en la Academia existe un *canon* (la historia oficial mitrista) que todos deben respetar pero contra la cual a veces se cometen algunas herejías como en los casos de

Marfany, Chiaramonte y los Romero padre e hijo. Esas apostasías a la historiografía hegemónica acontecen cuando estos historiadores académicos, aunque *en crisis*, se acercan a algunas de las tesis de la corriente federal, nacional, socialista y popular, o sea la corriente a que él pertenece. El tratamiento dispensado por el autor a Halperin, Chiaramonte y Luis A. Romero revela una característica bien típica de todos los revisionismos vernáculos: mientras que en países como Brasil¹⁵, Francia o Alemania, los escritores mediáticos suelen respetar a los académicos e intentan integrar los resultados de sus investigaciones a sus obras, autores como Galasso, O'Donnell y hasta Pigna –siguiendo la tradición de Jauretche, Rosa y Ramos- no se sienten divulgadores sino los dueños de la historia, a la cual segmentan en interpretaciones verdaderas y falsas. Cincuenta años de renovación y consolidación de la disciplina no hicieron mella en la producción revisionista que continúa siendo binaria, positivista y apriorística.¹⁶

6. Neorrevisionistas II: Felipe Pigna y Daniel Balmaceda

Felipe Isidro Pigna, es sin duda el mayor historiador mediático de la última década y alguien que, por su formación profesional, conoce el oficio y suele utilizar en sus publicaciones las investigaciones académicas universitarias. No desconoce que la historiografía es un proceso en construcción que obedece a múltiples causas, pero frecuentemente opta por caer en el anecdotario fácil sobre héroes, villanos y conspiraciones porque, como ningún otro, sabe que eso vende.

Desde mi punto de vista –y pese a sus méritos de divulgación de la historia en los medios de comunicación y en el material didáctico escolar- considero que Pigna ha hecho retroceder a la historia en décadas por su

tendencia al anacronismo, maniqueísmo, anecdotismo y su inclinación a sustituir los movimientos sociales por sus líderes o emergentes. En efecto, tanto en *Los Mitos de la Historia Argentina* como en *1810. La historia de nuestra Revolución fundadora*, sustituye al movimiento social, económico y político de Mayo de 1810 por las figuras de Moreno, Saavedra, Castelli y Belgrano. Es decir que los héroes siguen ocupando el panteón aunque éste siempre está sujeto a alguna reforma arquitectónica.¹⁷

En ambos libros citados, Pigna menciona a los clásicos *Revolución y Guerra* de Halperin Donghi y *Ciudades, Provincias y Estados* de Chiaramonte. Como el primero, también él utiliza profusamente los artículos periodísticos, crónicas y memorias de los protagonistas de la época tales como Baltasar Cisneros, Mariano y Manuel Moreno, Manuel Belgrano, Cornelio Saavedra, Juan Manuel Beruti, Tomás de Iriarte, Tomás Guido y Martín Rodríguez. También cita a los clásicos anteriores a la década del 70 tales como Mitre, López y Groussac, Levene, Molinari, Busaniche y de Gandía. Pero, y aquí se diferencia de los historiadores universitarios, Felipe Isidro no muestra mucho pudor en citar a antiguos revisionistas franquistas y maurassianos como Julio Irazusta o Gustavo Martínez Zuviría.

1810... es una obra mucho más amplia que lo que anuncia su título. Si elimináramos al último capítulo que presenta una tradicional crónica (casi escolar) de la Semana de Mayo, no restan muchas páginas dedicadas a la Revolución porque, en realidad, el tema ya había sido tratado en *Los Mitos...* publicado seis años antes. El libro comienza con la conquista española del continente americano; continúa con el Siglo de las Luces, la historia de los pueblos originarios y esclavos, con el precursor Francisco Miranda y hasta trabaja la Revolución de Haití -*la revolución silenciada*, como la llama. En definitiva, presenta elementos de los revisionistas de

derecha y de izquierda y de los historiadores académicos pero no aporta nada nuevo.

Por momentos, la historiografía de Pigna es descuidada. Así, por ejemplo, iguala la Junta revolucionaria de Chuquisaca a la de La Paz tanto en lo referente a sus proyectos independentistas (improbable en Chuquisaca, objeto de debate para La Paz) como en su represión por parte de Lima y Buenos Aires (benévola en Chuquisaca, feroz en La Paz). Para Chuquisaca, el autor exagera el protagonismo del imberbe Monteagudo e insiste –sin presentar pruebas documentales– que nadie creía en la famosa máscara de Fernando VII.¹⁸ En *Los Mitos...* cita a Halperin Donghi para sustentar esa afirmación de que ya en 1810, todos eran partidarios de la Independencia. Es evidente que Halperin no desconoce al llamado “partido de la independencia” y también menciona el hecho de que, a causa de la reversión de alianzas, muchos partidarios de la emancipación completa debían cuidarse en hacer públicas sus ideas para no perder el apoyo de Inglaterra, ahora aliada de España en su guerra a muerte con Francia. La diferencia entre Halperin y Pigna está sin duda en la erudición y en los matices con que el primero aborda su material historiográfico. Con Pigna, como en el caso de Galasso, estamos nuevamente frente a una tendencia de pensamiento binario: algo es o no es y no se considera que los años que van de 1810 a 1815 representaban una arena de proyectos políticos, económicos y sociales en lucha y que, por la situación revolucionaria, lo único estable eran los cambios.

Pigna se ve a sí mismo como el justiciero retroactivo de los olvidados y negligenciados por la historia escolar. Escuchémoslo con sus propias palabras: “Creo que esencialmente hay en mis lectores una sensación de justicia retroactiva. De rescate de personajes y procesos injustamente olvidados, de aclaración de hechos y procesos que no fueron exactamente

como nos lo contaron en la escuela e, incluso, a veces fueron exactamente al revés.”¹⁹

Ahora bien, desmitificar la historia ha sido y es el objetivo de todos los que revisaron la historia desde Juan Bautista Alberdi y Adolfo Saldías hasta Jorge Abelardo Ramos y José María Rosa. Pero, en palabras de José Carlos Chiaramonte, es también lo que hacen los historiadores profesionales con resultados generalmente más sólidos y confiables. El papel de justiciero del pasado que Pigna asume conlleva el desprecio, manifestado explícitamente, por el trabajo de los académicos y, de ninguna manera posee el monopolio del rescate de los humillados y ofendidos. Muchas veces oculta tan sólo una buena estrategia de marketing.

Contrariamente a la obra de Felipe Pigna, la cual, a pesar de los múltiples reparos que se le puede hacer, tiene el mérito de divulgar temas históricos para un público lector y audiovisual ampliado, el libro que publicó Daniel Balmaceda en ocasión del Bicentenario, *Historia de corceles y de acero*, resulta de una pobreza historiográfica notable.²⁰ Coincide con O'Donnell y Pigna en utilizar las memorias y crónicas de la época; casi ignora la producción académica de las últimas décadas (hecho nada irrelevante para un miembro vitalicio de la Sociedad Argentina de Historiadores) y sólo parece esmerarse en copiar a colegas como Armando Alonso Piñeiro, José María Rosa, José Ignacio García Hamilton, Felipe Pigna y Mario O'Donnell, pero no a Jorge Abelardo Ramos, Norberto Galasso, Eduardo Astesano u otro autor de la izquierda nacional. Con excepción de algunos autores antiguos como Salvador Ferla, Enrique de Gandía, e Isidoro Ruiz Moreno, prácticamente no utiliza los trabajos de los historiadores profesionales. Si bien también Balmaceda alardea con revelar verdades ocultas, de ninguna manera confronta a la historia tradicional liberal mitrista. Tanto es así que utiliza a Mitre, López, y Groussac como

fuentes de sus anécdotas generalmente triviales. Utiliza además otra veta: la del Círculo Militar y del Centro Naval que le abrieron generosamente sus puertas, y a autores como Miguel Ángel de Marco y Josué Igarzábal y otros exponentes de esas instituciones. Como se puede apreciar, *el cartonero de la historia*, como alguna vez lo llamó O'Donnell, no desdeña ningún material.

En cuanto al contenido de su anecdotario, en la “Introducción” de *Historia de corceles...* nos promete un: “Viaje con rigor histórico por aquellos 14 años que van desde la Revolución de Mayo hasta la batalla de Ayacucho (...) desde otros puntos de vista.”²¹ Misión imposible. Balmaceda desconoce, o no le interesan, esos puntos de vista diferentes. Para muestra bastan dos botones: En el primer capítulo de su libro relata que el 21 de marzo de 1812 el obispo Benito Lué y Riego (el defensor de la tesis fidelista en ocasión del Cabildo Abierto de Mayo de 1810) probablemente fue envenenado durante una comilona en honor a su onomástico. ¿Evidencias historiográficas? La muerte de Mariano Moreno en alta mar y las tentativas fracasadas de envenenar a Santiago Liniers y José Gervasio Posadas, es decir, una costumbre de la época. Ahora bien, ¿un libro sobre el Bicentenario tenía que comenzar con una anécdota sin fundamentos, contexto o finalidad didáctica del año 1812?

El otro ejemplo es el capítulo de media página que denomina “Canalla Cobarde”. Se trata de una carta de Belgrano a San Martín escrita el 8 de diciembre de 1813, o sea unas semanas después de la derrota de Ayohuma, en la cual el primero comenta que: “Los negros y mulatos son una canalla que tiene tanto de cobarde como de sanguinaria.”²² Balmaceda no le agrega ningún comentario o interpretación a este documento y, con ese silencio, insinúa la generalización de que todos los esclavos y libertos que lucharon en la guerra de la Independencia fueron cobardes y sanguinarios. Ahora bien, San Martín seguiría incorporando afroamericanos a su ejército en

Mendoza y, específicamente, en el ejército de Bolívar la infantería negra era famosa por su coraje. Aparte del sesgo racista que revela esta presentación descontextualizada del documento, nos podríamos cuestionar si esta población -secuestrada de África y entregada o vendida por sus amos a los ejércitos expedicionarios- tenía razones valederas para luchar por una patria que apenas despuntaba y que, en todo caso, no sería para ellos.

Balmaceda representa un oxímoron: por un lado forma parte de la Sociedad Argentina de Historiadores y, por la otra, es un exponente de la poshistoria en el sentido de la negación de la historiografía como otorgadora de sentido. Para bien o para mal, está ausente en él, el *fuego sagrado del revisionista* que sí aparece en el populismo de Pigna, el socialismo nacionalista de Galasso y el rosismo de O'Donnell. Es como si ni los héroes del panteón y, mucho menos aún, los actores sociales de la época, le importaran mucho. No hay un discurso historiográfico coherente ni intenciones éticas de rescate de la memoria de los olvidados. En lugar de atribuirle algún sentido a su galería de fragmentos, su mensaje es el sinsentido de todo lo que pasó. La historiografía es sólo un entretenimiento, una escritura de acontecimientos inesperados e impactantes. El contexto y *el clima de la época* –tan fuertes en las ficciones históricas de Rivera, Arenas o García Márquez, por ejemplo, no existen. Además, con esa organización de sus textos en pequeños fragmentos, sus libros se parecen a una procesión de enanos peleados entre sí.

Contrariamente a los revisionismos anteriores a la década de 1980 - donde se vislumbraban tres tendencias bastante marcadas: las del autocratismo rosista, del socialismo nacional y del populismo-, en los cuatro autores analizados la única amalgama es la de aparecer en los medios de comunicación como los productores del relato histórico

verdadero contrapuesto a los mitos de la historia oficial difundidos en los establecimientos de enseñanza.

7. Algunos abordajes académicos de la Revolución de Mayo.

No es mi intención hacer aquí una síntesis de todo cuanto se escribió sobre la Revolución de Mayo sino tan solo mencionar algunas investigaciones que operan de contrapunto a las publicaciones conmemorativas arriba mencionadas.²³

Para muchos, Tulio Halperin Donghi es la mayor autoridad mundial en el tema de la emancipación rioplatense e hispanoamericana. En: *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*²⁴, después de recalcar la paulatina decadencia de la gran minería altooperuana y el gradual ascenso de la economía pecuaria del Litoral, Halperin enfatiza las dificultades que las guerras europeas trajeron al comercio hispanoamericano. Como John Lynch²⁵, analiza el impacto de las Reformas Borbónicas en el subcontinente pero, contrariamente al historiador inglés, defiende que, en la ruptura del vínculo colonial, fueron decisivos los acontecimientos europeos: el bloqueo económico del continente por la escuadra británica; la imposibilidad de mantener el monopolio comercial; las invasiones inglesas y la consiguiente militarización de la sociedad rioplatense y, finalmente, la invasión napoleónica y la resistencia nacional de España, la acefalía de la corona y la caída de la Junta de Sevilla.

Por su parte John Lynch rastrea en la documentación tardo-colonial la mayor cantidad de elementos posibles que llevarían *naturalmente* a la emancipación. Así la invasión napoleónica funcionaría más como un detonante que como la causa decisiva para el comienzo de un proceso de emancipación. El historiador inglés utiliza expresiones como *estado*

prenacional y nacionalismo incipiente, aunque no llega a afirmar claramente la preexistencia de una nación hispanoamericana o rioplatense.

Después de examinar exhaustivamente todas las fuentes disponibles, Halperin concluye que, si bien había razones para que la élite criolla se separara de España (en primer lugar las trabas económicas que obstaculizaban el comercio), existían otras (sobre todo sociales) que inducían a no romper el vínculo colonial con ligereza ya que el recuerdo de la rebelión del Altiplano, hacia 30 años, todavía permanecía en la memoria.

En la cuestión polémica sobre si el proceso de emancipación del Río de la Plata representaba una revolución o una guerra, el autor sostiene que en la primera etapa (1808 – 1815) predominan las revoluciones como lo demuestra la formación de Juntas contra el absolutismo en el Alto Perú, Buenos Aires y otros lugares y las guerrillas del Altiplano, Méjico, los llanos de Orinoco, etc. En cambio, a partir de 1815, con la vuelta de España al absolutismo y colonialismo, predominarán las guerras independentistas protagonizadas por los ejércitos regulares comandados por San Martín, Bolívar, Iturbide y otros oficiales de ejércitos organizados desde los nuevos polos del poder político.

Como el tema de la Revolución de Mayo fue tan trabajado en la historiografía (se trataba de saber cómo fue el nacimiento de la patria) a muchas proposiciones de Halperin Donghi se le pueden encontrar antecedentes diseminados en las obras de autores anteriores. Pero aquello que hace de *Revolución y Guerra* una obra clásica es la solidez y la confiabilidad del conjunto, su unidad literaria político-económica enemiga de la ideologización y el transhistoricismo.

No cabe duda que el libro de François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias*²⁶ significó un abordaje novedoso para interpretar los procesos de Independencia desde ángulos no tradicionales. Además de introducir elementos de la historia cultural francesa, Guerra hace hincapié

en la revolución liberal de la Modernidad, la de las ideas y sociabilidades, que compartían tanto españoles como americanos. Esto tuvo su mejor expresión en la Constituyente de Cádiz, a la cual acudieron también algunos diputados americanos. La corriente historiográfica en que se inscribe Guerra fue denominada “nueva historia política” y se caracteriza por no enfatizar la historia de los grandes hombres y por no apegarse a los acontecimientos (al gran relato) sino: “indagar temas tales como ciudadanía, nación, estado, lenguajes políticos, elecciones y distintas formas de representación y soberanía.”²⁷

En: *Ciudades, Provincias y Estados. Orígenes de la Nación Argentina*²⁸, José C. Chiaramonte no sólo resume los resultados de investigaciones anteriores sino que incluye elementos de la nueva historia política, atenta a aspectos culturales y al significado histórico de ciertos conceptos como pueblo, patria, soberanía, nación y modernidad. Una de las conclusiones más fuertes a las que llega la obra es la inexistencia de una nacionalidad argentina en ciernes en la geografía del Virreynato del Río de la Plata *antes* ni *después* de mayo de 1810. *Argentino*, por ejemplo, era sinónimo de porteño. En cuanto al concepto *soberanía*, el autor prefiere hablar de *soberanías*. Por ejemplo la Intendencia del Paraguay fue la primera en asumir plenamente su soberanía y a ella le seguirían las provincias de la Banda Oriental, las mesopotámicas y mediterráneas, todas mal dispuestas a aceptar una única soberanía con epicentro en Buenos Aires. Por eso, para el autor, los estados provinciales van a preceder al Estado Nacional fruto de la victoria militar de la provincia de Buenos Aires sobre el resto del país. Para Chiaramonte, la idea moderna de Nación (la de ciudadanos) sólo comienza a asomar con los pensadores románticos de la generación del 37.

Pablo Andrés Chami en: *Nación, identidad e independencia en Mitre, Levene y Chiaramonte*²⁹ realiza algunas contribuciones relevantes

fundamentadas en las obras de Ernest Gellner, Benedict Anderson, Anthony Smith y José C. Chiaramonte. De Smith, por ejemplo, toma las definiciones de *pueblo* y *nación*. Sobre el concepto de nación señala la existencia de una escuela *modernista* (Anderson, Hobsbawm y Gellner) opuesta a otra *primordialista* (Adrian Hastings, Liah Greenfeld y el propio Smith).

La definición *modernista* de Benedict Anderson es conocida: “La nación es una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana.”³⁰ Es la nación de los ciudadanos de la Revolución Francesa o de los esclavos liberados de Haití. Puede carecer de una identidad étnica y hasta de una unidad histórica, cultural y lingüística.

La otra definición es la *primordialista* que Smith define como: “Un tipo de colectividad cultural que hace hincapié en el papel de los mitos, del linaje, de recuerdos históricos y de los rasgos culturales diferenciadores como la religión, las costumbres, la lengua y las instituciones.”³¹ La acepción *modernista* -también llamada *instrumentalista*- suele ser una construcción del estado nacional y la segunda emerge más bien de las normas, valores, culturas, autorrepresentaciones y prácticas que surgen de las entrañas de la sociedad. Como reflexión sobre estos conceptos me parece posible imaginar en el espacio del antiguo Virreynato primeramente algunas naciones provinciales *primordialistas* que serían posteriormente, en todo caso después de Caseros, absorbidas a una nación moderna, como una construcción del Estado nacional.³²

En el año del Bicentenario, entre el fárrago de publicaciones mediáticas, me sorprendió una obra de Vicente Massot con el escueto título: *Revolución. Mayo de 1810*.³³ Intenta, como lo manifiesta en el Prólogo, dar respuestas propias a las viejas cuestiones que, tradicionalmente, se hacen sobre la Revolución de Mayo. Si bien no todas las respuestas a esas viejas preguntas son muy novedosas, la estrategia del texto sí lo es: presenta un

relato totalizante, cronológico, de fácil lectura, con información básica para el lector no profesional. Se discuten las cuestiones polémicas a través del cotejo de documentos y de las controversias historiográficas. De hecho, muchas de las respuestas de Massot no se alejan demasiado de las de Halperin Donghi, Chiaramonte y otros profesionales pero se encuentran a años luz de las generalizaciones ideologizadas de escritores como O'Donnell y Galasso. En general, Massot adhiere a la tradición inaugurada en la década del 70 que considera que el *pasado* no necesariamente coincide con los relatos elaborados por los historiadores del siglo XIX y que, en 1810, los conceptos de democracia, libertad y pueblo tenían significados muy diferentes a los de ahora.

Resumiendo algunos tópicos de la obra se podría afirmar que el autor no considera que Mayo haya sido independentista, republicana o que la nación argentina fuese preexistente. Aplica a Mayo una ingeniosa tesis de François Furet sobre la Revolución Francesa: “El acontecimiento revolucionario, en el día que estalla, transforma profundamente la situación anterior e instituye una nueva modalidad de la acción histórica que no está inscrita en el inventario de esta situación.”³⁴

Me pareció también relevante una reflexión contrafactual de Massot consistente en qué hubiera acontecido en 1806/7 si el gobierno inglés hubiera sido comandado por los tories de Castlereagh y no por los whigs de Windham, partidarios de anexar las colonias como protectorado británico. Esta reflexión no resulta surrealista ya que, de hecho, zarpó una tercera expedición a Buenos Aires cuyo comandante, el famoso Duque de Wellington, estaba facultado por el gobierno tory para negociar la independencia y la autonomía con los patriotas rioplatenses. Al producirse la inversión de alianzas, la flota cambia su rumbo hacia la Península Ibérica para auxiliar a España y Portugal en su resistencia contra las tropas de Napoleón.³⁵

De Bartolomé Mitre a Felipe Pigna, la Revolución de Mayo necesitaba de una nutrida presencia popular para legitimar su carácter democrático y fundador de una nación de ciudadanos libres. Ahora bien, Massot –a igual que autores como Marfany, Martínez Zuviría, Galasso y O’Donnell-, no tiene estos pruritos y constata que, en Mayo de 1810, la presencia popular fue mucho menor que el 14 de junio de 1806 cuando se destituyó al Virrey Sobremonte o en ocasión de la Rebelión de los Orilleros del 5 y 6 de abril de 1811. Para fundamentar su tesis de la escasa presencia popular, Massot no sólo se basa en el testimonio, naturalmente sospechoso, de Cisneros sino también en los de numerosos protagonistas y testigos de la época.³⁶ De esta forma, el 25 de Mayo fue más *una conjura de notables* que una revolución popular.

Podríamos hacernos la siguiente pregunta: si en Mayo de 1810 no aconteció ninguna Revolución, ¿cuándo fue que aconteció, si es que aconteció? La respuesta de Vicente Massot transita por la hipótesis de Furet: con la dimisión de Cisneros y la asunción de una Junta de patriotas, se instauró una situación nueva en que muchas cosas podrían acontecer. Aunque Mayo fue un acontecimiento pacífico, la Junta, de forma casi inmediata, despachó a contingentes de milicianos a Córdoba, al Alto Perú, al Paraguay y a la Banda Oriental para imponer su soberanía sobre esos pueblos. La Revolución emergió cuando esos milicianos fusilan a Santiago de Liniers en Córdoba y a Vicente Nieto, José de Córdoba y Francisco de Paula Sanz en Potosí y cuando entraron en combate con las tropas absolutistas de los virreyes Fernando de Abascal de Lima y Francisco Javier Elío de Montevideo. Lo que para Massot, y muchos otros, empujó el proceso hacia una lucha nacional por la independencia fue la restauración del absolutismo de Fernando VII en la España de la Santa Alianza, en 1815. Pero entre 1810 y 1815, el territorio era escenario de muchas luchas no siempre coincidentes en sus objetivos.

8. Algunas conclusiones posibles

Resulta claro que nada impide que estos no tan nuevos revisadores de la historia sigan divulgando sus ensayos, ya que tienen el mérito de haber conquistado un público que los lee. Considero que la comunidad de historiadores -con la parcial excepción de Luis Alberto Romero y, últimamente, alguna aparición en los medios de Marcela Ternavasio, Ruy Hora, Javier Trimboli, Gabriel Di Meglio o Marcos Novaro- le ha dejado los espacios hegemónicos de los medios de comunicación a los cronistas, ensayistas y periodistas. Por lo general, cuando algún académico se presenta en la televisión, está lejos de obtener los índices de audiencia que obtuvieron, por ejemplo, Felipe Pigna y Mario Pergolini con el programa “Algo habrán hecho”.³⁷

Con referencia a la relación entre el pasado y el presente –una noción tan cara a todos los revisionistas- ésta puede ser entendida como el estudio del pasado para *entender* el presente o para *transformar* el presente. Ahora bien, los revisionistas tienen la tendencia de transformar el *pasado*, ya sea para transformar el presente, inmovilizarlo o hacerlo retroceder hacia modelos sociales perimidos. El revisionismo autocrático y reaccionario de los Ibarguren, Irazusta y Martínez Zuviría; la variante populista anti-liberal de José María Rosa y la izquierda nacional de Ramos, Spilimbergo y Astesano reinterpretaban radicalmente el pasado para hacer que sus modelos franquistas, peronistas y socialistas fuesen más aceptables y coherentes para el imaginario colectivo argentino de su época. En general se trataba de grandes abusos historiográficos: el general Uriburu encarnaba Rosas; Perón era la continuación de Yrigoyen y el peronismo era el movimiento nacional que llevaba al socialismo. Por eso Halperin Donghi,

en la entrevista citada, insiste en que, si bien el pasado le puede dar lecciones al presente, es bajo la condición de que ese pasado sea “histórico” y no un recorte construido maquiavélicamente.³⁸

En comparación con las prácticas políticas de los antiguos revisionistas, los *neos* poseen objetivos más modestos: Pigna es moderadamente oficialista aunque no desdeña publicar en *Clarín*; O’Donnell pasó del menemismo al kirchnerismo; Galasso parece estar convencido de que la última encarnación del socialismo nacional se prepara a través del modelo neopopulista actual y Balmaceda se encuentra por encima del bien y del mal.³⁹

Los revisionistas rosistas, socialistas y populistas ideologizaron al extremo la historia patria, la cual, en su versión nacionalista liberal mitrista tampoco era “neutral” sino que se constituía en un instrumento para “forjar patria” o consolidar la nación construyendo un relato canónico de un pasado heroico, en primer lugar, el de la gesta de Mayo y de la Independencia.⁴⁰ En cambio la historiografía rosista intentó trasladar el eje fundacional de Mayo -despreciable por liberal, centralista y pro-británico-, al federalismo de los caudillos trazando una genealogía que arranca de Saavedra, pasa por Artigas, Dorrego, López y Ramírez hasta culminar en Don Juan Manuel de Rosas.

Si los rosistas soñaban con restaurar en el siglo XX una sociedad patriarcal y los socialistas con fundar una Cuba peronista, los neorrevisionistas, al transformar la historiografía en su ganapán, la vaciaron de esos objetivos de transformación de la sociedad. Sus aspiraciones son más bien vender libros y/o cobijarse a la sombra del poder político. Ahora bien, si el neorrevisionismo continúa en su combate contra una alteridad enemiga -a la que denomina “historia oficial” y que hace mucho que dejó de ser hegemónica en la Academia- su contribución historiográfica, a pesar de su impacto en los medios, continuará siendo estéril. Contra los

bestsellers de Pigna, O'Donnell y Balmaceda, la academia opondrá algunos *longsellers* como *Revolución y Guerra* y *Ciudades, Provincias y Estados* aunque esto no parece ser suficiente. Creo que llegó la hora para que los historiadores comiencen a hacer buenas síntesis escritas con un lenguaje atrayente para un público ampliado. La sociedad no puede seguir creyendo que los historiadores argentinos más calificados sean Felipe Pigna y Mario O'Donnell y que en las universidades se están burlando de ella. La historiografía avanza con las investigaciones de equipos especializados y con la presentación en congresos de comunicaciones frutos de esa investigación. Pero la sociedad, la cual sustenta económicamente a las universidades públicas, tiene el derecho de acceder a esa producción y no seguir siendo condenada a consumir los subproductos de los mediáticos. Como ya se mencionó, algo se hizo en este sentido, pero no es suficiente.⁴¹

Por cierto que no resulta nada fácil explicar a un universo lector ampliado que Mayo inició un proceso político, económico y social en donde coexistieron proyectos antagónicos y actores sociales diferenciados como esclavos, libertos, plebe rural y urbana, milicianos y sectores de las élites como hacendados, comerciantes y burócratas de la administración colonial. Citando a Vicente Massot, “La Junta era revolucionaria (...) porque generó una situación fáctica absolutamente distinta de la del antiguo estado de cosas que luego se traduciría en una realidad jurídico-política.”⁴² Hombres y mujeres, desde el Altiplano a la Intendencia de Buenos Aires y desde el Paraguay a la Banda Oriental, lucharon para cambiar las estructuras de dominio económico, político y social y, de hecho, las cambiaron pero, como afirmaría Edward Thompson, no en los términos propuestos por cada sector social que participaba de esos combates. La lucha contra el absolutismo primero y por la independencia después, no era la misma para un aymara del Altiplano o para un peón rural del interior que para los grandes mineros, hacendados y comerciantes. Por ejemplo, la

Asamblea del Año XIII decretó la Ley de Vientre Libre, pero la esclavitud africana sólo sería abolida por la Constitución de 1853. El 25 de Mayo de 1811, en Tiahuanaco, Juan José Castelli abolió el tributo y la servidumbre indígena en el Alto Perú, pero luego se volvió a introducir el tributo por cápita para los pueblos originarios. Ya en 1815 las élites regionales consideraban que había que poner fin a la revolución y desarmar a los milicianos y guerrilleros para que la lucha –ahora sí por la Independencia-, la protagonizara un ejército regular más fácil de controlar.

1810 fue un año de una revolución política y mental. No fue un proceso necesario o natural y estaba siempre sujeto a nuevos impactos como victorias y derrotas militares en América y Europa. Como toda crisis, abría nuevas posibilidades. Todos esos milicianos que marcharon al Alto Perú, a la Banda Oriental y al Paraguay volvieron a sus hogares con una representación ampliada del mundo. Pero la historia social de Mayo de 1810, de la Independencia y de gran parte del Siglo XIX apenas está en sus comienzos. Parecería que es un género sólo apropiado para estudiar el movimiento obrero y los populismos del siglo XX. Alan Knight, para el caso de la historiografía mejicana, parece haber demostrado lo contrario.

Antes de terminar este trabajo quisiera hacer algunas reflexiones didácticas. La Semana de Mayo de 1810 generalmente es presentada como una historia que ocurre en la ciudad de Buenos Aires, como de hecho ocurrió.⁴³ Pero más que el comienzo de un proceso que sufre una gran inflexión en 1815 y un brusco término en 1820, aparece como el punto de llegada de una historia colonial y un evento autosustentado que luego se intenta irradiar hasta las fronteras del Virreynato.

Bien, es en ese tratamiento de esas *fronteras* que se encuentra un gran déficit de la historia nacional revisionista e, incluso, de algunos autores académicos. El Alto Perú no representaba una región periférica sino que sus intendencias y gobernaciones constituían la parte más poblada y

todavía la más rica del Virreynato. Aunque la riqueza minera de Potosí estaba siendo equiparada por la nueva ganadería de la llanura pampeana, aquella había sido el centro económico de la región durante 3 siglos. Pero la pérdida, tanto del Alto Perú como del Paraguay, aparece en la historiografía como datos no demasiado relevantes. Parecería que muchos historiadores ya tienen internalizado en su mente el *mapa argentino* posterior a 1825. Una muestra de esto es la poca importancia que se da a la historia de las Juntas de Chuquisaca y La Paz de 1809, sobre todo si se compara su historia a la de la Junta de Buenos Aires del año siguiente.

Una falencia ya mencionada es el raquitismo de la historia social.⁴⁴ ¿Cómo era la composición social del Altiplano y del Paraguay con que se encontraron los milicianos de Buenos Aires en 1810? El fracaso de esas expediciones en poder imponer la autoridad de la Junta se suele atribuir a algunos hechos políticos fortuitos como la imprudencia de Castelli y Monteagudo en sus contactos con el *pueblo alto peruano* o en el fuerte *localismo paraguayo* con que se encontró Belgrano. Dudo que aplicar una metodología marxista ortodoxa, que analice la sociedad de clases de esas regiones, solucione todas estas lagunas historiográficas. Sí se pueden aplicar todas las herramientas de la historia social (inclusive las marxistas) a este tópico. En el Alto Perú, por ejemplo, la división social entre la república de los europeos y la república de naturales (que pagaban tributo por ser originarios) era mucho más tajante que entre las clases sociales de la Intendencia de Buenos Aires e, inclusive las de Córdoba y Salta.

Una última reflexión a manera de advertencia: cuando se menciona que la soberanía se retrovertía en el *pueblo*, debemos considerar –como lo demostró el historiador Chiaramonte–, que en realidad se trataba de los *Pueblos*, o sea las ciudades regenteadas por las élites. Pero en la historia revisionista el *pueblo* se conforma con *patriotas* sin distinción entre élites, milicianos (cuyos jefes eran también de las élites económicas y

burocráticas) y la masa popular. Esto es una falacia. Existieron matices en el tratamiento de esos sectores subalternos entre los hacendados, grandes comerciantes y la burocracia imperial, pero todos eran representantes de esas élites –desde Álzaga, Moreno, Saavedra, Rivadavia, Dorrego y Rosas, hasta Bolívar, O’Higgins y San Martín-, y todos, o casi todos, coincidían en utilizar a los de abajo para sus propios proyectos sociales, convencidos de que ellos, la minoría de criollos blancos, estaban destinados a heredar todo el poder político y económico de España.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

¹ Tulio HALPERIN DONGHI, *El revisionismo como visión decadente de la historia argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, contratapa.

² Me pareció relevante el comentario del desfile de Beatriz SARLO en su libro: *La audacia y el cálculo. Kirchner 2003-2010*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2011, pp. 181- 89. La idea del uso del simbolismo de las Madres de la Plaza como soporte ético del modelo kirchnerista ya había sido desarrollada por el filósofo Tomás Abraham. En la época del “que se vayan todos”, ante el desprestigio del neoliberalismo de Menem/Cavallo, la desorientación de Fernando De la Rúa y el descrédito generalizado hacia la política, los Kirchner presentaron a las Madres y a los Derechos Humanos como los fundamentos de una Nación nueva y posible. El punto débil de esta operación no fue la legítima defensa de los Derechos Humanos por parte del gobierno, sino su pretensión de monopolizar estos valores los que, en realidad, son y deben ser universales.

³ Alejandra RODRÍGUEZ BALLESTER y Héctor PAVÓN, “El historiador y la tradición”, entrevista a Tulio Halperin Donghi, *Ñ, Clarín*, 24 de Mayo de 2010.

⁴ No se trataba sólo de adivinar quiénes eran Robespierre y Danton, sino sobre todo quién se asemejaba más a Napoleón, el cual, en definitiva, se quedaría con el poder. La mayoría de las fichas caían en el conductor del Ejército Rojo, León Trotsky.

⁵ Horacio A. LÓPEZ, *Bicentenario: su significado y su proyección a la actualidad*, Buenos Aires: Cartago, 2010. p. 9.

⁶ Felipe I. PIGNA, *1810. La otra historia de nuestra Revolución fundadora*, Buenos Aires: Planeta, 2010. Norberto GALASSO, *Verdades y Mitos del Bicentenario*, Buenos Aires, Colihue, 2010. Mario O’DONNELL, *Los Héroe Malditos. La historia argentina que nunca nos contaron*, Buenos Aires:

Debolsillo, 2006. Mario O'DONNELL, *El Grito Sagrado*, Buenos Aires: E. Sudamericana, 1997 y *El Águila Guerrera. La historia argentina que nunca nos contaron*, Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1998.

⁷ Juan Manuel PALACIO, “Nuestra historia cautiva de una guerra de relatos”. En: *Clarín*, 5 de mayo de 2011.

⁸ En la década del Noventa apareció también la figura de Juan Manuel de Rosas en los billetes de 20 pesos, primero solo, después acompañado por el retrato que Prilidiano Pueyrredón hizo de su hija Manuelita. Ella, vestida de rojo punzó, es la única mujer del dinero argentino. Al reverso de la familia Rosas está representado el combate de la Vuelta de Obligado. Los desnacionalizadores de las empresas argentinas, nacionalizaban los billetes...

⁹ Mario O'DONNELL, *La Gran Epopeya. El combate de la Vuelta de Obligado*, Buenos Aires, Norma, 2010.

¹⁰ Mario O'DONNELL, *Los Héroes Malditos*, op. cit. pp. 64 a 67.

¹¹ *Ibidem* pp. 86 y 87.

¹² Eduardo NOCERA, *El Plan de Operaciones en marcha: más allá de Mariano Moreno*, Buenos Aires, Nuevo Extremo, 2010, p. 255 – 256.

¹³ Ver, Norberto GALASSO, op. cit. pp. 55 – 59.

¹⁴ *Idem*, op. cit, pp. 94 – 95.

¹⁵ Eduardo BUENO, *Brasil: uma história. Cinco séculos de um país em construção*, São Paulo, Leya, 2010. Bueno es autor de más de 20 libros de historia brasileña, algunos de ellos verdaderos *bestsellers*.

¹⁶ Galasso acuña frases como: “La otra gran figura de esta corriente –Tulio Halperin Donghi- tomó por patria a Berkeley (...) donde prosiguió la tarea de remozar y dar ciertos argumentos al conservadorismo liberal.” Norberto GALASSO, op. cit., p. 94. En realidad, Halperin se fue del país, en 1966, expulsado de la universidad, después de la *Noche de los Bastones Largos* del dictador Onganía, gobierno que dimitió a una gran cantidad de profesores de las universidades públicas argentinas en menoscabo de la ciencia y la cultura. Por eso esta frase, publicada en 2010, es inadmisibile.

¹⁷ En el panteón liberal una posible jerarquía de héroes sería San Martín, Belgrano, Moreno, Rivadavia y los cuatro presidentes fundadores: Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca. Los revisionistas de derecha, desalojan a Moreno, a veces a Belgrano, Rivadavia y, por supuesto, a Mitre, Sarmiento y Roca. Los nichos desocupados son poblados por Rosas, Dorrego, los caudillos federales, Yrigoyen y Perón. En cambio la izquierda nacional inaugura un panteón donde se codean, si eso fuera posible, San Martín, Belgrano, Moreno (el del *Plan de Operaciones*), Castelli, Monteagudo, Dorrego, Rosas y otros caudillos

federales y, avanzando por el Siglo XX, Yrigoyen, Perón y el Che Guevara. En realidad: pocos socialistas y muchos jacobinos, federales y populistas.

¹⁸ Felipe I. PIGNA, *Los Mitos de la historia argentina. La construcción de un pasado como justificación del presente*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2004. p. 243.

¹⁹ Entrevista en *Caras y Caretas* de Abril de 2009.

²⁰ Daniel BALMACEDA, *Historia de corceles y de acero de 1810 a 1824*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

²¹ Idem, p. 14.

²² Ibidem, p. 18.

²³ Cuando ya había escrito el primer bosquejo de este ensayo me encontré con la colectánea orientada por Raúl FRADKIN y Jorge GELMAN, *Doscientos años pensando la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010. En la obra se publican fragmentos de lo escrito sobre la Revolución de Mayo en los últimos 200 años desde los primeros cronistas hasta la actualidad y cada etapa es precedida por una breve introducción.

²⁴ Tulio HALPERIN DONGHI, *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1998. (La primera edición es de 1972)

²⁵ John LYNCH, *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808 – 1828*, Buenos Aires: Ariel, 1989. (El original en inglés es de 1973)

²⁶ François-Xavier GUERRA, *Modernidad e Independencias*, Barcelona, Crítica, 1992.

²⁷ Idem, p. 416.

²⁸ José Carlos CHIARAMONTE, *Ciudades, Provincias y Estados. Orígenes de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 2007. (La primera edición es de 1997)

²⁹ Pablo A. CHAMI, *Nación, identidad e independencia en Mitre, Levene y Chiaramonte*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

³⁰ Idem, p. 22.

³¹ Ibidem, p. 25.

³² Excede a los límites de este ensayo detenernos más en la obra de Chami. Una de sus marcas consiste en argumentar que Bartolomé Mitre no consideraba (como lo consideraba Levene, por ejemplo) a la *nación*

argentina como preexistente a la Revolución de Mayo... Es justamente la preexistencia o no de la nación uno de los ejes que Chami trabaja al abordar las ideas de Mitre, Levene y Chiaramonte.

³³ Vicente MASSOT, *Revolución. Mayo de 1810*, Buenos Aires: El Ateneo, 2010.

³⁴ *Idem* p. 15.

³⁵ *Ibidem*. Ver el subcapítulo “Amo viejo o ninguno”, pp. 48 – 64.

³⁶ *Ibidem*, “El pueblo de Mayo”, pp. 163 a 177. Massot cita, entre otros, a Gregorio Funes, Ignacio Núñez, Tomás Guido, Mariano y Manuel Moreno, Juan Cruz Varela, Gervasio Posadas y Cornelio Saavedra.

³⁷ Últimamente está apareciendo un fenómeno nuevo en el mercado audiovisual: la presentación en los mismos paneles de revisionistas mediáticos e historiadores académicos. Por ejemplo, en mayo de 2011 se presentaron en el programa “6, 7, 8”, tanto Mario O’Donnell como Gabriel Di Meglio los cuales, aunque con posiciones historiográficas muy diferenciadas, no confrontaron en ningún instante. La imagen que quedó para el público fue que se presentó una eminencia historiográfica (O’Donnell) y un ayudante de cátedra (Di Meglio). La disciplina no se merece esto. Otra manifestación de este nuevo eclecticismo la constituye el libro ya citado de Eduardo Nocera, *El Plan de Operaciones en marcha...* Aquí el autor entrevista tanto a revisionistas como Galasso y O’Donnell como a Di Meglio, Patricia Pasquali y otros profesionales. El resultado para el lector medio, más que una polifonía de voces, pasa a ser un Babel. Por ejemplo, parece que resulta lo mismo demostrar con argumentos documentales y técnicos (caligrafía, estilo literario) que la autoría del *Plan...* no es de Mariano Moreno sino de un impostor (Pasquali) que la mera afirmación ideológica que sí lo es “por que si no Mayo sería un golpe pro-británico” (Galasso) o “el plan de Moreno se justifica y no admite cuestionamientos” (O’Donnell).

³⁸ Alejandra RODRÍGUEZ BALLESTER y Héctor PAVÓN, entrevista citada a Halperin Donghi.

³⁹ Ya mencioné que en el desfile del 25 de Mayo de 2010, el simbolismo de la patria se expresaba más en las Madres de la Plaza que en las otras alegorías del megaevento. Sin embargo no queda todavía claro si estamos en presencia de una *operación historiográfica del kirchnerismo*. A Perón no le atraía demasiado la lectura de las obras revisionistas; por ejemplo, en 1948, al nacionalizar los ferrocarriles, el peronismo rebautizó sus líneas con nombres como Mitre, Sarmiento, Urquiza y Roca y no con próceres del panteón federal. Tampoco Néstor Kirchner dio muestras de que le sedujera el nacionalismo de la historiografía revisionista. La novedad es que la presidenta Cristina Fernández sí suele hacer referencias a procesos y hechos históricos caros al revisionismo nacionalista ya que con cierta frecuencia menciona acontecimientos históricos como la Guerra del Paraguay, el Combate de la Vuelta de Obligado y la Guerra de Las Malvinas. Sin embargo, aunque en mayo de 2011 -al inaugurar el Museo del Bicentenario de las catacumbas de la Casa Rosada-, Galasso y O’Donnell eran los cariátides que flanqueaban a la presidenta, todavía no se puede hablar con seriedad de una *operación historiográfica*. Para ello, harían falta historiadores más sintonizados con el imaginario colectivo actual.

⁴⁰ A veces no se percibe que también la obra historiográfica de Mitre, López y Groussac, es “nacionalista”. Trátase de la construcción de una nación liberal y conservadora. El tratamiento que le dio Mitre a la Semana de Mayo fue muy cuidadoso y peculiar. Por un lado se debía enfatizar la presencia del pueblo numeroso, ya que sin él, Mayo aparecería como una operación política de las élites porteñas. Por el otro, Mitre insistió mucho en el carácter pacífico y ordenado de ese pueblo que delegaba en sus autoridades naturales toda decisión política. En la historiografía de la Independencia americana siempre se enfatizó la lucha contra las potencias coloniales y se descuidó un aspecto vital para la época: las élites económicas y políticas emergentes (no siempre coincidentes en ese período revolucionario) le temían más a las revueltas populares de esclavos, pueblos originarios y grupos sociales como los llaneros del Orinoco o la plebe rural de la Banda Oriental y de las pampas, que a los españoles.

⁴¹ El historiador que más se preocupó por esta divulgación social es Luis Alberto Romero a quien Galasso le reconoce un cierto anti-mitrismo pero que se quedaría a medio camino porque consideraría que el relato mítico de Mayo acaba siendo uno de los escasos soportes de la comunidad nacional que ya no puede apoyarse en las identidades políticas del siglo XX ni en un destino de grandeza nacional. Demás está aclarar que tampoco aquí estoy de acuerdo con Galasso ya que en el capítulo en que tritura a Halperin, Chiaramonte y Romero, diagnosticando “la crisis de la historia social”, es el más infeliz de su obra. Ver, Norberto GALASSO, op. cit. pp. 98 – 99.

⁴² Vicente MASSOT, op. cit. p. 227.

⁴³ Por ejemplo, el libro *1810...*, de Pigna, termina abruptamente sus páginas en el viernes 25 de Mayo.

⁴⁴ La mejor historia social del proceso de la independencia es, nuevamente, *Revolución y Guerra*, obra que no pretende ser social sino, en primer lugar, política y económica. Quizás pocos lectores percibieron que, para el autor, el gran cambio social e institucional no se dio en 1810 y ni siquiera en 1815, sino en 1820 con la irrupción en el escenario político y social del federalismo interiorano. Ver, Tulio Halperin DONGHI, “Los legados de la Revolución y la Guerra y el orden político de la Argentina independiente”, op. cit., pp. 380 – 404.